

Dos aproximaciones a Borges

Para un catálogo del mundo

Alto sobre el caballo, rodeado por la melancolía de la noche y la llanura, el coronel Francisco Borges, en la poesía que casi cien años más tarde un perplejo y gran nieto le dedica con tenaz fidelidad, se dirige al encuentro de la muerte que, paciente, lo acecha desde los fusiles. Mítico y glorioso, el abuelo permanece inalcanzable, en la plenitud de su batalla y su coraje, para el poeta que se ve obligado a dejarlo solo en su mundo épico, a verlo alejarse «apenas tocado por el verso» e impenetrable a las palabras que quisieran revelar su secreto. No es la distancia de lugares y años, ni el silencio del tiempo y de la vasta llanura los que sustraen a Borges la verdad de una persona amada o de un obstinado sueño; lejana es, en sí misma, la realidad, inaccesible en su trama y en sus pasiones. Y el esplendor inalterable del acontecer que huye ante las acrobacias de la inteligencia y a la pomposa geometría de las palabras, a la presunción de los sustantivos que se ilusionan definiendo la vida y al fasto de los adjetivos que tienen la esperanza de calificarla o adornarla, a la arquitectura de las metáforas que quisieran penetrar el incesante movimiento de lo múltiple. En otra poesía famosa, Borges compone rimas y figuras retóricas para representar al tigre que se arrastra por la selva, sabedor de que aquellas palabras son los únicos e inútiles medios de que dispone para perseguir, en su página, al otro tigre, el que no está en el verso sino en la jungla.

Con el paso de los años, Borges se parece cada vez más a ese agonizante Giambattista Marino que imagina, en su bellissimo apólogo incluido en la *Antología personal*, mientras entiende, gracias a una fulminante revelación, que las cosas están en su eternidad y no en las palabras de los poetas, los cuales sólo pueden esbozar la vida mas no expresarla, y cuyas

obras, dorados volúmenes que resplandecen en la sombra, son algo agregado a la realidad y no su espejo. La nueva antología, retocada y modificada por Borges mismo en relación a las anteriores ediciones, quiere ser la provisoria reunión de algunos de estos objetos que aparecen para aumentar el ya interminable catálogo del mundo. La composición de una antología es siempre casual para Borges, según el cual el mejor autor de antologías es el Tiempo, que dispersa, destruye y, a la vez, junta; de esta fortuita selección es buen ejemplo él mismo, con los inciertos cambios a que somete su antología, los cuales no obedecen a ningún criterio de selección sino, por el contrario, a una apresurada perplejidad, oscilante entre el capricho y el sentido de la propia futilidad. Esta nueva antología personal, traducida con gran eficacia al italiano por Livio Bacchi Wilcock, es muy inferior a la otra, más amplia y feliz, aparecida en Italia hace algunos años: es abusiva de poemas, que a pesar de su cadencia prosaica expresan, eso sí, las fascinantes inquietudes de Borges, pero lo hacen prolijamente, mientras se excluyen obras maestras como «El Aleph», «El sur», «El zahir», «Funes el memorioso», «El muerto», «En busca de Averroes», para citar sólo algunas, y otras que, aunque no incluidas en la antología precedente o quizá, precisamente, por eso, podían y debían ser acogidas en ésta.

Autor de unas pocas páginas de altísima poesía, retomadas luego en repeticiones avaras e insistentes, Borges es siempre y tan sólo un escritor de antologías. Cada uno de sus libros significativos es una exigua concentración de momentos esenciales y de revelaciones absolutas, una serie de vetas de perfecta pureza, mientras falta la dimensión chata e impura de los valores medios, el paisaje cotidiano y consabido que, sin embargo, somete y reúne aquellas cimas, la imprecisa y fangosa, aunque siempre necesaria, normalidad cotidiana. Poeta de lo esencial y de la inhumanidad implícita en toda pureza, ante la totalidad de la vida Borges se retrae, capcioso y obstaculizado, se refugia en lo raro y lo abstracto, consciente de que su lugar y su destino no están sobre el caballo del coronel Francisco Borges, sino en la trabajosa maestría del verso que vanamente lo persigue. Pero si Borges es el poeta del tigre de papel, es también el poeta de la melancolía del papel, de la culpa y la aridez implícitas en la vanagloria de las palabras. Sólo las deprimidas crónicas de los ambientes literarios italianos podían registrar, hasta hace pocos años, una infatuación que hacía de Borges el símbolo de un refinamiento verbal impermeable a los sentimientos, de un complacido artificio, de una literariedad orgullosa de ser mendaz y extraña a la vida.

Borges, en cambio, es el sobrio poeta de la nostalgia de la vida, de su sencillez profunda y apretada, de su verdad intocable y perdida. En la

poesía sobre el mar, la mirada se vuelve, con el mismo estupor de la primera vez, hacia las cosas elementales, la luz de la tarde, la luna, el fuego de una hoguera. En otro poema, Borges habla de Ulises que, cansado de prodigios, llora viendo a su Ítaca humilde y verde, y concluye que la poesía es aquel claro y tierno color de la casa nativa. Él ha sido uno de los escasísimos escritores contemporáneos capaz de recobrar una poesía tan elemental y universal que logra parecer tan impersonal y necesaria como la misma realidad: la frescura de la sombra y del agua que acompañan las especulaciones de Averroes, la caída lenta y poderosa de la lluvia, la inminencia del sueño. Ciertamente, Borges ha advertido hasta el fondo el exilio del individuo respecto a esa épica familiaridad con el ritmo de la existencia, la ambigüedad que impide arraigar e insertarse en la plenitud de la vida; la ficción, la falsificación y el apócrifo, que contraseñan su obra, son la veraz parábola de la suerte humana, reducida a artificio e ilusión. Borges sabe que su obra es una voz imaginaria agregada fraudulentamente a la Enciclopedia Británica para describir minuciosamente un país que, como el fantástico Tlön de su estupendo relato, no existe, y cuya hipótesis se insinúa de a poco en lo real para corroerlo y hacerlo desmembrarse en la irrealdad.

La alternativa y la alteridad fantásticas construidas por Borges surgen en todo caso del lamento por la realidad y sus valores, del amor por la clásica identidad entre vida y poesía. En un fragmento sobre las alambicadas y sofisticadas metáforas de la literatura escandinava, Borges repudia con irónica compasión los cavilosos funambulismos verbales; su página celebra con una emoción tal vez demasiado apasionada, gestos y sentimientos que recuerdan los favoritos de Conrad, el coraje y la fidelidad, el orden de las cosas y de las palabras, el sabor de lo heroico, la lealtad y la fraternidad del misionero que, partido hacia la conversión de una tribu en la jungla, combate, sin arrepentirse, en sus filas. Intérprete del vacío y de la esencia moderna, Borges, ciertamente, también es su víctima: como el inmenso mapa de aquel imperio cuya historia narra, también su obra es apenas un papel que copia y reproduce la tierra, que puede, a lo sumo, adherirse con tenacidad pero que acaba dispersándose en fragmentos al viento. La pasión de Borges sabe que es de papel y sufre por ello, padece y trata de superar, con la exaltación, la exangüe constitución de la propia vitalidad. Una sequedad espiritual parece haber purificado y esterilizado en Borges las linfas del deseo y del eros, dando a sus páginas una aséptica extrañeza sexual; la admiración por el coraje nace asimismo de una envidia profunda por la inalcanzable vida elemental, tanto que se arroja, nostálgica e infantil, en la excitación y la violencia. Hasta la mitología guerrera y patriótica se revela como «un culto idolátrico por los militares

muertos, con los cuales quizá no podría intercambiar una sola palabra», se muestra como otra forma de lamento por valores jamás poseídos por Borges y antitéticos con su más íntima naturaleza. Si la poesía es solamente una alusión a las cosas, un esbozo de la vida fugitiva, acentúa el dolor de no poderla expresar ni aferrar, el sentido de la vanidad de existir y de la misma y propia fatuidad. Borges es un gran escritor cuando logra decir la melancolía que causa esta inadecuación entre la poesía y el vano amor por la vida que se sustrae a ella; su arte es discreto y reticente, se confía en el margen y la indirecta sugestión, aflora en lo apartado, en la retención del adjetivo y la cautela del adverbio. Como escribe en su admirable ensayo «La muralla y los libros», su poesía es «la inminencia de una revelación que no se produce», es el encanto de un instante en el cual parece que las cosas están a punto de decirnos su secreto. Es la poesía de una espera desilusionada, porque tal secreto no llega a decirse y permanece en la sombra. Sabedor de que tal desilusión es el actual destino de la literatura, a la cual no es dado transmitir valores, ser depositaria de tradiciones ni tener, en consecuencia, un público de escuchas a los cuales narrar historias densas de significado, Borges finge una híbrida contaminación entre poesía y ensayo, se hace pasar por comentarista y glosador de historias ajenas, de modo que pueda seguir narrándolas y narrar como si el narrador tuviese todavía hoy su público y como si no existiese la crisis de la épica, que espera eludir con sólo el camuflaje de la recensión erudita, la nota bibliográfica, la comunicación científica o la disquisición teológica. Así como el padre Brown escondía una piedra entre las piedras para que escapase más fácilmente a la atención, Borges quiere cubrir con la mistificación, la ausencia de la verdad.

En esta mistificación, no obstante, se recupera la ostentación de un enorme y sutil cargamento conceptual que, por otra parte, se revela, detrás del juego complicado y tortuoso, nada complejo ni profundo. Como las *Elegías del Duino* de Rilke, los cuentos de Borges ocultan, bajo las incrustaciones de citas e invocaciones, una cultura monocorde y atrasada, más escuchada con curiosidad que evaluada y juzgada. De los fragmentos de culturas exóticas y lejanas, Borges sabe extraer una doliente poesía de la precariedad y de la incertidumbre humanas, pero, ciertamente, no en grado de trasvasar al arte una coherente posición intelectual; su muy poética erudición va desde los heresiarcas gnósticos a los bardos sajones pero excluye a todo el pensamiento que ha contribuido, en forma antitética y varia, a construir la civilización moderna. La concepción de Borges se apoya en una obsesión circular, sobre la identidad universal de todas las cosas, sobre la enumeración que acumula infinitamente la multiplicidad, para descubrir la presencia de lo único y lo siempre igual, y proclamar la